

LA PATTI Y EL RUISEÑOR



(CUENTO)

En una mañana de primavera la Patti se paseaba por el Retiro. Se paseaba sola y triste.

De pronto hizo un movimiento con la mano, como si quisiese alejar de su frente melancólicas ideas; tendió una mirada por los alrededores, y cuando se hubo cerciorado de su soledad, lanzó de su garganta un *bouquet* de cohetes musicales...

Su voz se extendió en notas limpias, ya dulcísimas, ya vibrantes; y estas notas se entrelazaban caprichosamente como niños traviesos que no se cansan de reír y jugar... Pero, ¿qué digo? aquel trino no era jugar ni reír, ni menos un *bouquet* de pólvora: era un cartucho de monedas de oro que se esparcía rodando sobre una bandeja de plata. Si entonces no lo era, á la noche en el Real lo sería.

Su trino fué contestado por otro canto que venía de una espesura... La Patti enmudeció y palideció de sorpresa y de envidia. Aquella voz había empezado por un preludio tímido; después había encontrado firmeza y limpidez, y se remontaba como un himno al sol naciente....

Modulaciones brillantes; gorjeos vivos y ligeros; torrentes de canto de imperseguible volubilidad; murmullos interiores, como respiraciones de sueños felices; trinos rapidísimos, como chispas de brillantes que pasan: notas enérgicas de cólera y de celos; suspiros de ángeles; gritos del alma; la canción del Amor á la Aurora: esto oyó la Patti.

La diva había hecho un movimiento como el de un capitalista que oye la noticia de que su banquero ha quebrado. Pero se tranquilizó. «Creí—dijo—que era una nueva *prima donna*!... ¡Por fortuna es solo un ruiñeñor!..»

La Patti se dirigió hácia la espesura y buscó el escenario de hojas en que representaba su ópera el cantante. Cosa extraña: el ruiseñor parecía buscarla; bajó saltando de rama en rama, y colocado en una de ellas, se puso á mirarla con atención.

Vestía aquel Gayarre de pluma, una casaca parda rojiza; con un chaleco finísimo y medias grises. Y como es usanza en su familia, no hacía más que mover de arriba abajo la cola. Se conocía ser mucha su arrogancia en todos los movimientos.

Este genio musical pesaría media onza.

La Patti se sentó en un banco de piedra para verle y oírle mejor.

Los ruiseñores son muy susceptibles como artistas. Si otro pájaro canta, si oyen un instrumento, si llega á su oído alguna canción, se les ve animarse, crecerse y replicar con entusiasmo... Si la música que les excita continúa, ellos prosiguen furiosamente.

Entonces es cuando lanzan las notas más robustas, las vibraciones más agudas, los acentos más sublimes. No quieren ser vencidos en el certámen: su mismo canto les embriaga; cantan y deliran; y mientras tienen vida, siguen cantando.

El canto de la Patti había herido el amor propio del músico de los bosques.—¡Ahora sabrá esta *prima donna* lo que es cantar!—dijo, sin duda. Y satisfecho de la curiosidad y de la admiración de que era objeto, se gallardeó en la rama, y batiendo las alas como para tomar aire y espacio, volvió á sus trinos. Era un reto lanzado á la Patti.

Si la Patti hubiera estado rodeada de gente, se hubiera reído y le hubiera escuchado nada más; pero estaba sola y comprendió que podía sacar mucho partido de aquella lección. Escuchó un ratito y luego se levantó y empezó á seguir los giros de la voz del ruiseñor, tratando de imitar y de igualar su canto.

¡Imposible! Cuanto más se acercaba al tono de la canción del ruiseñor, más este cobraba indignación; su canto palpitaba en su pico, por decirlo así; era una corriente inextinguible, siempre varia, siempre poderosa. Revoloteaba entre las ramas; desafiaba con el pico al cielo; erizaba sus plumas; exhalaba gorjeos de cólera; hinchábase su garganta; sus ojos despedían fulgores; era el demonio del canto, no era un ruiseñor.

La Patti se volvió á sentar admirada, llorosa y vencida.

Ya era tiempo. El ruiseñor desfallecía; su voz se velaba; sus acentos estaban impregnados de una tristeza infinita. Ni brillaban sus ojos

como antes; reflejábanse en ellos la opacidad de la muerte; sus alas se movían pesadamente, y sus plumas perdían sus dulces matices rojizos... Ya le faltaron notas; un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo... Enmudeció, cerró los ojos, y dando un ligero ronquido se soltó de la rama y cayó á los piés de la Diva.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

APUNTES NECROLÓGICOS

En Castro-Urdiales falleció en el día 6 del corriente, á los 76 años de edad, el acaudalado propietario é industrial don Pedro de Mazas y Torre, que gozaba en Bilbao de generales simpatías.

Durante gran número de años fué el señor Mazas el alma de la fábrica de Santa Ana de Bolueta, y desempeñó cargos públicos importantísimos.

Fué teniente alcalde y alcalde interino del Ayuntamiento bilbaino y su labor como administrador del pueblo fué digna de los mayores elogios.

En la actualidad el señor Mazas era presidente del Consejo de Administración de la *Electra de Bolueta* y consejero del Banco de Bilbao.

Tanto á la desconsolada viuda como á la distinguida familia del finado enviamos nuestro sentido pésame por la desgracia irreparable que acaban de sufrir.
